

El hombre en el Desierto

Es un día caluroso, el aire seco del desierto se vuelve como pegajoso al atardecer,

Ha caminado todo el día, y se sienta junto a una roca,

Una de las pocas rocas que se pueden ver en este desierto.

Serenamente mira al horizonte, y sonríe, está confiado.

Alza sus ojos al cielo, y clama unas palabras que parece que salieran de lo más profundo de su ser.

Dobla sus rodillas y se dobla hasta poner la frente en la arena.

El viento temeroso se acerca, respetuoso, curioso.

Como si quisiera escuchar lo que dice, se desliza sobre Su cabeza.

El sol mira al hombre una vez más, como queriendo guardar ese recuerdo.

Por si no lo viera más, y se abraza al atardecer, dejando ver su esfuerzo,

Los rayos se vuelven rojos, y naranjas, mientras una mirada curiosa,

Empieza a observar con asombro y admiración, es la luna que brilla en todo su esplendor.



¿Quién es ese que yace en la arena del desierto, ese que inmóvil ora al Padre?

¿Quién es ese de ropas humildes, ese hombre que ha caminado por el desierto, ese que en paz y tranquilidad ha dejado sus huellas en el viento?

¿Quién es ese que el sol anhela mirar, que el viento en respeto quiere escuchar, que la luna curiosa en esplendor y temor, desea alumbrar?

Una mirada de ángeles lo rodea, anhelantes, respetuosos lo observan.

*Si tan solo dijera una palabra, una sola palabra, todo el ejército del cielo lo levantaría,
Y lo llevarían al trono del que ha descendido, y en admiración lo adorarían.*

Pero Él en silencio, en sus humildes ropas, en el frío de la noche,

Habla al Padre, y alaba al Dios todopoderoso.

Ya cuarenta días lleva en esa condición, los ángeles se preguntan: ¿Cuánto más?

Una sombra ha estado observando desde la lejanía, temeroso, sin atreverse,

De su cuerpo debilitado por la falta de alimento, su necesidad de agua,

Y con precaución, y temor, se acerca sigiloso, dudoso.

Todo el ejército del cielo desenvaina la espada, al verlo acercarse al Rey,

Pero Gabriel se levanta, mira serenamente, ya quisiera ir a la batalla,

Enfrentarse con el que una vez fue sacada del cielo, con el lucero de la mañana.

Pero nada puede hacer, si el Rey no da la orden, y con un ademán ordena a todos envainar.

*La sombra mira agitada y deleitada, había esperado esta oportunidad por los siglos,
Demostrarles a todos que aun el Rey caería, que aún el Rey pecaría en condición de hombre.
Y con gran sagacidad lanza sus palabras, que llegan al pensamiento del Rey:*

"Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se hagan pan"

Él estaba tranquilo, no quiso ni aun abrir los ojos, sabia de quien era esa voz,

Él lo había creado un día, lleno de perfección y belleza, lo había honrado,

Más que a todos, lo había puesto entre las piedras de Dios.

Pero ese querubín se había llenado de vanidad, de iniquidad, y peco.

Ahí estaba, se había llenado de maldad y pecado, y había querido llevarse a todos con él,

Muchos lo siguieron, y dejaron su habitación del cielo, y fue arrojado del cielo.

Sabía que esa sombra sabía quién era Él, atreverse a acercarse, sabiéndolo, era ya una soberbia.

Pero en su interior, el Señor estaba en paz:

"No con solo el pan vivirá el hombre, más con toda palabra que sale de la boca de Dios"

Así respondió el Señor, su cuerpo empezaba a sentir hambre, pero él sabía quién era y a quien servía.

Pero esto solo irritó al Maligno, que empezó a enfurecerse, sabía que nadie lo atacaría.

Tenía la oportunidad de su vida, tomo forma corporal como ángel de muerte,

Grande y potente, y levanto al Señor llevándolo a la cima del templo, si él quería usar la palabra,

Él también la usaría, quizás así lo convencería:

" Si eres Hijo de Dios, échate abajo; que escrito está: A sus ángeles mandará por ti, Y te alzarán en las manos, Para que nunca tropieces con tu pie en piedra."

*Oh Ángel de muerte, que viste un día la luz, que estuviste en medio de carbunclos, y esmeraldas,
Que solo ves las cosas del hombre, pero no puedes ver las cosas de Dios.*

*Como has caído del cielo, te has entorpecido en tu propia sabiduría,
Fuego fue puesto en medio de ti, que te consumirá y te llevara a tierra,
Y todos miraran sobre ti y se asombrarán de ti, ¿Este era? Y te señalaran.*

Escrito está además: No tentarás al Señor tu Dios

Le dijo el Señor, en paz y tranquilidad, y lo miro serenamente.

Esa mirada, que Satanás odiaba, esa mirada que le hacía sentir su derrota, su inevitable derrota.

Solo le quedaba el engaño, una vez lo había usado con la mujer en Edén,

Y le había funcionado, había logrado llevar su pecado a todos, había tomado la tierra por posesión.

El reino de la muerte era su habitación, y había logrado llevar al hombre a su reino.

Apoderándose de todo lo que el hombre había heredado del Padre.

Si Jesús venía a recobrar ese reino, el reino que una vez el hombre había perdido,

Él estaba dispuesto a devolvérselo, si tan solo lo adoraba a él como dios,

No tendría que luchar ni morir, él le devolvería el reino del hombre en ese momento:

" Todo esto te daré, si postrado me adorares "

No ves la obra que vengo a hacer, no la alcanzas a entender, pensó el Señor.

Porque no vengo solo a recobrar el reino perdido del hombre, sino a recobrar al hombre.

Y a reconciliar a todo con Dios, vengo a deshacer toda obra que tú has hecho.

En el hombre, en la naturaleza, en el cielo, y debajo de la tierra.

Vengo a crear de nuevo todas las cosas, y pondré mi vida en rescate por todos.

Y llevaré en mi muerte a todo aquel que crea, y le resucitaré conmigo al tercer día.

Vengo a deshacer el pecado, y sacar a luz la libertad, la vida.

Y ya cansado de su adversario, sabiendo que el Padre y Él son uno,

Le dijo a diablo: Vete, Satanás, que escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a él solo servirás.

La luz todo lo lleno, la sombra derrotada se marchó, el Rey de Gloria había vencido,

Aun en su condición de hombre, el Señor había vencido al diablo, con la Palabra de Dios.

Y se sentó por un momento, y pensó, pensó en ti que lees esto, en mí,

Y en todo aquel que un día, como Él, vencerían al diablo por la Palabra de Dios,

Y por la Fe que tenemos en el Señor, porque despreciamos la vida de este mundo.

Nuestra vida está escondida en Cristo, y se manifestara cuando Él se manifieste.

El Señor sonrió, y acepto el pan que los ángeles le trajeron,

Y dando gracias a Dios, comió, miro una vez al horizonte como viendo el futuro.

Solo tres años más, y los llevaré a todos conmigo, solo un poquito de tiempo.

Y no solo se habrá vencido en una batalla, sino en la guerra completa.

Y saldrá la Palabra a todos, y a todos llegara.

¿Quién creerá, cuando mi siervo escriba de mí en sus poesías?

Lo hice por ti, por amor a ti descendí y te lleve conmigo. Recuérdalo.

Henry Padilla Londoño

